

V.

En el que se cuenta lo que descubrió D. Lope, al ir en busca de D.^a Inés de Medina.

IMPOSIBLE le fué á D. Lope dormir en aquella noche: apenas rayó la luz de la mañana, estaba ya en la calle impaciente porque llegara la hora de la cita.

Sonaron por fin las ocho y D. Lope se colocó en el lugar indicado: un minuto habia pasado, y á él le habia parecido ya una hora y comenzaba á desesperar de que los bandidos cumpliesen su palabra, cuando vió acercarse dos caballeros elegantemente vestidos, con ropilla, gregüescos y ferreruelos de terciopelo negro, y con sombreros adornados con plumas y toquillas.

—Aquí estamos á las órdenes de vuesa merced—dijo uno de ellos.

—¡Cómo!—esclamó D. Lope, dudando aún—¡sois vosotros!

—Los mismos pájaros con distintas plumas—contestó con desfachatez el Camaleon.

—El mismo mono, no mas que se rasuró—agregó alegremente el Pinacate.

—Pues por mi fé no os hubiera conocido.

—No lo estrañe vuesa merced, que eso es lo que hemos pretendido, porque tenemos cuentas pendientes con algunas golillas, y esos son como los perros, mudando traje se les engaña, porque se guian por el olfato: el equipaje del amigo de vuesa merced, del *Tapado*, nos ha permitido este lujo.

—Pero esa es una imprudencia....

—No tenga vuesa merced cuidado, que el único que conoce estas prendas, es el que menos las puede ver.

—Vamos?

—Como lo disponga vuesa merced.

D. Lope echó á andar y los dos pícaros se pusieron á sus lados con todo el aire de unos marqueses.

—Puede decir vuesa merced que va como Cristo—dijo descaradamente el Camaleon.

—En todo caso—replicó el Pinacate—yo soy San Dímás.

—No disputaremos el nombre—contestó el Camaleon—ya que el oficio es igual, y si te parece te diré yo para que seas San Dímás, *Dí mas, pronto estarás conmigo en galeras*.

D. Lope no pudo menos de sonreirse: aquel era para él un mundo enteramente nuevo, y jamás se habia imaginado que hubiera hombres que se connaturalizaran con el delito, y que se chancearan con el destino, teniendo por único porvenir la horea ó las galeras.

—¿Y podremos saber—dijo el Camaleon—adónde nos lleva vuesa merced? porque hay puntos en esta ciudad peligrosillos para nosotros.

—No temais: vamos nada mas que á colocarnos frente á la casa de la dama, porque á esta hora sale á misa: me detendré á hablarle y á preguntarle por su salud, y tendréis tiempo y oportunidad para mirarla; obra será todo de un momento.

—Perfectamente.

Siguieron avanzando, y al torcer la esquina de la calle en que vivía D^a Inés, advirtieron en frente de la casa de ésta gran número de personas que hablaban con calor y miraban á la puerta y á las ventanas.

—Alguna cosa estraña pasa aquí—dijo D. Lope—¿que-
reis seguir adelante ó esperais á que yo vaya á reconocer?

—Iremos todos, que yo creo—contestó el Camaleon—que
no les será fácil á los alguaciles el reconocernos.

Los tres llegaron hasta donde estaba la jente procurando
oir sus conversaciones, y descubrir algo de lo que todos
miraban.

Pero las puertas de la casa estaban cerradas lo mismo
que los balcones, y de esto nada inferia D. Lope; procuró
pues escuchar lo que decian las jentes.

—¡Ave María purísima!—esclamaba una vieja que habla-
ba con un beato—¿y cómo consentirá Dios semejantes
cosas?

—Dios no lo consiente—contestaba el beato.

—¿Pues qué, se hacen sin su consentimiento?—replicaba
la vieja.

—No, pero hay que distinguir entre consentimiento y
permision, que no todo va á decir lo mismo; escúcheme
vuesa merced, señora.

El beato se engolfó en una disertacion teológica, y D.
Lope viendo que de allí nada sacaba siguió adelante.

—¿Conque judíos?—decia una muchachilla no mal pa-
recida á un fraile de la merced.

—No judíos hija, judaisantes.

—¿No es lo propio?

—No, mira, judíos son los nacidos en Judea.

—Entonces Jesucristo era judío.

—Por supuesto.

—¡Jesus nos asista! no diga vuesa merced eso, padrecito,
que lo puede oir alguno del Santo Oficio.....

—Adelante—pensó D. Lope.

—¿Quién lo hubiera creido?—decia una vendedora de
juiles á otra mujer—tan bonita la señora.

—¿Quiéres darme razon qué ha pasado aquí?—la pregun-
tó D. Lope.

—¿Pues qué no lo sabe su merced?

—No, acabo de llegar y nada sé.

—Pues tiene su merced, que aquí vivia una niña huérfa-
na, que le mataron á su padre hace poco, y todos los veci-
nos por eso la teniamos lástima y la queriamos porque era
bonita, ¿y lo pasa á creer su merced? ella iba todos los dias
á misa, y anoche sin decir, *agua vá*, se llegó el Santo Ofi-
cio y se llevó á todos los de la casa, porque dicen que eran
judíos.

—¿Qué dices, mujer?

—Lo que oye su merced.

—Parece increíble.

—Eso mismo dije yo, pero el Santo Oficio lo hizo, razon
tendrá, y *con el rey y la Inquisicion chiton*.

—Bien dicho: ¿y nadie quedó dentro de la casa?

—Vaya, nadie: ¿no alcanza su merced á ver desde aquí
los sellos que pusieron los escribanos en las puertas?

—Sí, ya veo: ¿y cómo, á qué hora seria eso?

—A todo el peso de la noche, porque ninguno de los ve-
cinos sentimos nada, y que yo vivo aquí cerca en la otra
esquina; pero al amanecer ya todo nos lo contaron.

—¡Qué cosa! muchas gracias—dijo D. Lope alejándose.

—A Dios sean dadas—contestó la mujer.

—Pues retirémonos, porque toda averiguacion es ya imposible—dijo D. Lope.

—Como vuesa merced lo ordene—contestó el Camaleon. Y los tres dieron la vuelta y se dirigieron para la casa de D. Lope.

Caminaba el jóven pensativo, y los dos truanes le observaban cuidadosamente.

—Veo—le dijo de pronto el Camaleon—que á vuesa merced le puede mucho el que no encontremos á esa dama.

—Sí—contestó D. Lope.

—¿Y todo el interés de vuesa merced al buscarla, era para saber de la otra?

—Todo mi interés es ese.

—Pues nada se ha perdido entonces.

—Cómo?

—Sí, porque nos queda un modo de averiguarlo: el Señorito lo sabe tan bien como la dama.

—Y si no lo quiere decir?

—Le obligaremos.

—Pero puede resistirse.

El Camaleon y el Pinacate se sonrieron desdeñosamente.

—Por qué os reís?—preguntó con estrañeza D. Lope.

—Porque parece—contestó el Pinacate—que aún no le ha salido el colmillo á vuesa merced: nosotros tenemos medios de hacer *cantar* á cualquiera, y mejor que la Inquisicion.

—Pero qué medios son esos?

—Tanto así, no diremos: que se nos entregue al Señorito; que se nos pague bien, y le sacaremos del *buche* cuanto sea necesario.

—Pagaré bien; pero no entrego al Señorito; vosotros le buscareis.

—Es igual para nosotros: qué desea saber vuesa merced?

—Nada mas el paradero de la dama robada en la calle del Reloj.

—Y cómo se llama vuesa merced?

—Os lo he dicho, D. Lope de Montemayor.

—Y conoce á vuesa merced el Señorito?

—Me conoce.

—Desconfia de vuesa merced?

—Creo que no.

—Bueno, entonces vamos á probar fortuna: ¿puede vuesa merced ir esta noche á nuestra casa de Tlaltelolco?

—A qué hora?

—A las once.

—Sí.

—Pues le esperamos, y quizá tengamos ya para darle una buena razon.

—Dios lo haga.

—Nos retiramos y hasta la noche.

—Hasta la noche.

Los dos camaradas se alejaron, y como habian llegado á la calle del Reloj, D. Lope se entró á la casa procurando adivinar la causa de la prision de D.^a Inés.

Una hora habia trascurrido de su llegada, cuando se presentó en la casa D. Gonzalo de Casaus.

D. Lope le recibió con gusto, porque esperaba que él le daria noticia de lo ocurrido: sentáronse ambos, y D. Gonzalo, despues de descansar un momento, dijo á su amigo: